

Ciego bisturí

Carmen G. Márquez Soriano

La bolsa que pende junto a mi cama contiene la sangre de no sé quien y disminuye esta debilidad que me consume. Su espesa consistencia, su frialdad, lastima mis venas; y me duele la vida que penetra, recordándome el compromiso que tengo de cuidarla y conservarla.

Siempre he tenido la certeza de estar viva. Siento, huelo, escucho, miro y saboreo cada instante. Soy capaz de experimentar sufrimiento, hambre y sed. Existo indudablemente, pero en esta ocasión traspasé el umbral de la materia y me vi flotando en una dimensión evanescente donde sólo percibía sensaciones imprecisas, como si me sumergiera en un lecho algodonoso. Me encontré con la niña que anhelaba vislumbrar en el firmamento una estrella fugaz para pedir un deseo, la aspiración más ferviente de la inocencia; y como un rayo cargado de realidad apareció la certidumbre de la muerte. Fue entonces cuando sentí una espada penetrando por el vientre; mi corazón comenzó a palpar como un pajarillo ansioso por huir del encierro en una caja. Intenté despertar, pero el cuerpo se negó a responder: seguía abandonado ante el éxtasis en que mi alma se sumergió en un intento por alcanzar otros territorios. Un chorro caliente me quemó los muslos. Me sentía fluir en un interminable desfile de hemoglobina, y el organismo continuaba sin reaccionar, inerte en la camilla de la sala de recuperación, sin que nadie se percatara de lo que acontecía. El dolor, como puñal de vidrio, permanecía engolosinado en mis entrañas. Mi semblante alertó a las enfermeras. El médico no se hizo esperar, pese a los pacientes que aguardaban en su consultorio. Su humor no era el más apropiado cuando llegó al quirófano por segunda ocasión: lo noté por la manera como trató a las encargadas. No me fue mejor que a ellas.

La violencia con que manipularon la camilla para ingresarla nuevamente a cirugía, me hizo reaccionar. Polvorientos párpados

hirieron mi vista. Una sensación de náusea se gestó en el centro de mi vientre y un estertor escapó de los pulmones, emitiendo con brusquedad una nueva oleada de sangre. La deshidratación bebía con avidez los líquidos que había en mí. Otra conexión de ventosas, tubos y la mascarilla sobre el rostro fue lo último que advertí. Abrieron mis piernas como si fuese un animal a punto de ser destazado. La oscuridad llegó abruptamente.

Aún recuerdo el día en que escuché hablar por primera vez del especialista que me operó. De un azul intenso eran las pupilas que escudriñaban con curiosidad mi rostro, candentes como la flama de un soplete. Sus pómulos altos y marcados. Era una persona entrada en años y el recio mentón, esmeradamente rasurado, le daba confiabilidad. El hombre de blanca vestimenta decía ser profesional. Así lo determinaban sus diplomas añosos y amarillentos en la pared. Yo compré esta imagen y confié mi vida a sus manos cirujanas, moteadas como sombra de lluvia sobre un cristal. Fue recomendación de una amiga, quien estimaba más a la persona que sus habilidades de cirujano. Pero a mí me habló maravillas de él. Y yo necesitaba un buen ginecólogo que me atendiera.

El doctor que me había tratado hasta entonces evadió el problema. Se negó a operarme argumentando que no era necesario. Pero los cólicos y las hemorragias se habían convertido en navajas que me herían sin piedad mes tras mes. No podía soportar más, así que consulté otra opinión. Después de varios análisis clínicos se determinó mi padecimiento.

Con rutinaria indiferencia, como quien mira estadísticas, el adusto rostro del médico ni siquiera volteó a verme, fijando su vista en los estudios que se traslucían con la luz fosforescente.

—Esta matriz parece un muégano —lo dijo como si le estuviera hablando a la placa que mudamente mostraba una protuberancia informe que sólo él comprendía—. Se llaman miomas —prosiguió— y son tumores benignos que crecen en las paredes internas y externas de tu útero.

Me tuteó con una familiaridad que me desconcertó para ser la segunda vez que me veía. Repentinamente su semblante se mostró interesado cuando revisó las últimas imágenes, que revelaron un punto enrojecido y sangrante ubicado en algún lugar de mi cuerpo. Con sus dedos pulgar e índice se sobó distraídamente las comisuras de los labios, como si aplacara un inexistente bigote, mientras un denso silencio irrumpió en su consultorio. La expectativa cavó en mi estómago un agujero y engendró un invisible pulpo que trepó lentamente enroscándose en mi garganta.

Recuperando su inmutable serenidad, clavó en mí sus pupilas diciendo con su habitual indiferencia (que en mi ignorancia interpreté como inquebrantable sabiduría): “Tenemos una lesión en el cuello uterino que, si no se quita, puede degenerar en cáncer”.

Así lo dijo, sin suavizar las sílabas, sin matizar su voz con tranquilizantes palabras. A mí me dejó sin habla, aturrullada por el recuerdo de ese voraz depredador carcomiendo los pulmones de mi padre y reflejando en su rostro su grisácea sombra. No me dio más explicación de este esquema, que aparecía en mis pesadillas como el grito escarlata de mi padre ululando en mi memoria.

Y aquí estoy de nuevo, rememorando el fantasma del cáncer que danza engolosinado ante la indefensa carne que se le ofrenda. Mi tranquilidad se vio cercenada por el miedo, la incertidumbre y el temor de quien se sabe vivo, pero condenado a muerte. Ahora sonrío al recordar la tristeza haciendo nido en mi corazón al sentirme invadida por la apatía que me hizo creer que ya nada importaba, y al desvanecer mis esperanzas cuando el médico pronunció la palabra maldita. Comprendo que la vida no concluye cuando tú lo crees, sino cuando te vence el desaliento, cuando te dejas caer abatida. Por eso hay que luchar, porque vivir es un regalo, un don que se debe valorar, es una colección de periodos luminosos, instantes perennes que me han forjado como ser humano; momentos que me han enseñado a comprender el sentido de la existencia.

La fecha finalmente llegó. La intervención estaba programada

para las siete de la mañana de un húmedo día de verano. El imponente edificio me recibió con sus toneladas de concreto impregnadas de enfermedad, sufrimiento, llanto y sangre. Me estremeció la sola mirada de esa construcción, sobre todo al pensar que muy pronto formaría parte de esa colección de miserias humanas. La decoración se esforzaba por ocultar los padecimientos de los que ingresaban a sus habitaciones. Al igual que al registrarte en un hotel, las recepcionistas toman tus datos y, por supuesto, planchan tu tarjeta de crédito para cubrir cualquier imprevisto. No va-ya a ser que fallezcas y dejes la deuda sin pagar, porque en esos lugares hasta respirar causa honorarios.

Mi vista recorrió asustada el cubículo de preparación en el que me despojaron de mi ropa; a partir de ese momento usaría el "uniforme oficial" de los que ya pertenecíamos a la lista de internos: una patética bata que deja a la mano los orificios necesarios para purgar el cuerpo y manipular con comodidad lo que se vea involucrado en el proceso de sanar para quienes tenemos necesidad de que mutilen nuestro organismo. A veces "menos" es "más", como cuando lo que antes te sirvió para dar vida ahora pretende a toda costa quitártela, y hay necesidad de restar del inventario de tu cuerpo el órgano que guareció a tus hijos durante nueve meses. Ingrato regazo que clama por matarte... Sin embargo, no me siento "vacía" como muchas mujeres que son sometidas a la misma operación: yo soy mucho más que un útero que engendra vida.

La esencia de lo femenino no radica en el órgano que te hace ser madre. Ser mujer es mucho más que un par de senos y una matriz. Es amar la vida porque somos dadoras de la existencia, y aun sin ser madres podemos ofrecer cobijo y amar a un niño concebido fuera de nuestro vientre. Ser mujer es evaporarte con un suspiro, resplandecer con una caricia y zurear acurrucada en el doblez de unos brazos, disfrutando el maravilloso enigma del hombre que te completa. Ahora, con más de cuarenta años de edad, soy una mujer que vibra enardecida, capaz de vivir intensamente,

que disfruta la satisfacción del deber cumplido y se emociona ante el despliegue maravilloso de un amanecer, aunque también he sentido el latigazo del desamor, el fagonazo de los celos, la crueldad y la angustia de la pérdida, el peso de la soledad. Y he estado presente en los funerales de mis anhelos cuando no he podido vivir lo que realmente deseaba.

El ojo luminoso fijó atento su vidriosa pupila en mí. El resplandor me cegó y bañó mi cuerpo con la calidez de su mirada. El movimiento de enfermeras y hombres con atuendos azules era continuo. Todos parecían ignorar mi presencia, y los aparatos que tenía conectados con sus ondulaciones me gritaban que mi corazón latía y que la sangre se agitaba en las venas, irrigando mis deseos de vivir. El hombre detrás de mí comenzó a conectar electrodos que succionaron mi erizada piel debido al frío del quirófano. Un líquido helado sobre el abdomen me sobresaltó, al tiempo que mi conocimiento resbalaba en una cascada de nubes y olvido...

La nebulosidad era real. Me engullía conduciéndome entre sus fauces deshabitadas por la luz hasta el final, donde un resplandor me atraía tejiendo con sus sedosos dedos un capullo que brotaba de la negrura como maternal refugio. El fulgor me envolvió arrullándome en sus livianos brazos de algodón. Nada importaba, mi cuerpo y mi mente se extraviaron en los recovecos de la luminosidad. Sólo me percibí en un lugar diferente, sin tiempo y sin espacio, donde todo era un borrón, un pensamiento único matizado de mi ayer, de mi hoy y de mi siempre, formando caprichosas figuras como las rosas multicolores de un calidoscopio cuando lo giras. Todos mis recuerdos desfilaron ante mí, como hojarasca susurrando en el aire, y palpé el aroma de mi pasado, colmándome de estampas relampagueantes que se me mostraron como diapositivas que nunca han de volver.

Personas que habitaban en mi memoria como inconclusas despedidas ahora me sonreían; las percibía como si estuvieran vivas, conciliando mis desasosiegos, mis inquietudes, mis remordimientos, pero no medió ni una palabra, todo lo comprendí con sus

semblantes, y la armonía colmó mi alma con una serenidad inexplicable. Y mi padre estaba ahí, acariciándome, acallando mis dudas, perdonando mi cobardía ante la muerte: su muerte... Dicen que no es más grande aquel que más espacio ocupa, sino el que más vacío deja con su ausencia. Y sentí que el enorme hueco que dejó en mí su fallecimiento se llenaba con esa etérea presencia. Su apacible rostro seguía amparando las tormentas por venir, las mismas que germinan ahora en mí...

Situaciones que creí enterradas surgieron como si fueran presentes; palabras, voces, alientos petrificados golpearon mis neuronas. Pasado y presente se hermanaron, instalándose en mi ser. El pensamiento se hizo un ovillo embelesado en un rincón de la luz.

La seguridad me atrapó como quien toma tiernamente entre sus manos unaavecilla herida que, sin oponer resistencia, agradece el cariño proporcionado y confía su endeble cuerpo a quien le salvó. La cavidad luminosa que me guareció me ofrecía todo lo que yo necesitaba, confortó mis penas, atenuó mis temores y mitigó mis sufrimientos. Y yo me abandoné al letargo de la felicidad.

Como agua fluyendo sobre piedras, la calma me cautivó entre el murmullo humedecido. Qué lejos me encontraba de los groseros manipuleos dispensados por las torpes manos del individuo que desgarraba mis entrañas atentando contra mi vida con su ciego bisturí.

La pesadez de mis párpados me impedía abrir los ojos. Escuché a mi alrededor voces que no podía reconocer. Todo estaba revuelto, difuminado en tonos grises, como una percutida gasa cubriendo la invalidez de mi entendimiento. Con lentitud logré abrirlos; una tenue bruma empañó lo que intenté enfocar. El tripié colocado a mi lado sostenía una botella de suero y una bolsa llena de sangre cuyo contenido descendía lentamente por una manguera diminuta hasta mi muñeca. Fue entonces cuando me percaté de la aguja que alimentaba pausada y dolorosamente mi torrente sanguíneo. La claridad comenzó a despejar mi conciencia.

Reposando en esta cama de hospital, recuperándome con

lentitud de la doble agresión, con el talante abotagado por el exceso de anestesia y la mente extraviada aún por los laberintos del subconsciente, recuerdo las horas de lucha en la sala de recuperación, en la que lidiaba sólo con mis ganas de vivir. Los minutos transcurrían con densa lentitud, como la savia que se derrama de un árbol herido. Sentí una gran desesperación por emerger de esa inmovilidad. Intermitentes momentos de lucidez me permitieron percibir la coagulada atmósfera donde yacía, mientras la muerte aguardaba paciente un descuido, con su murmullo de hielo congelando mis nervios. El frío erosionaba la carne y mis venas se enjugaron con la sangre empobrecida. Mi mente se aferró a la existencia como la mosca que intenta salir de la pegajosa sustancia en la que está atrapada.

Estuve doce horas ahí. Sofocantes momentos de inerte pelea por sobrevivir, por regresar, pero no de la luz que antes me acogía como un bebé en el claustro materno, sino de las tinieblas. Mis hijos me necesitaban aún, no podía dejarlos solos, su vida requería de la mía y no podía desampararlos. Tenía que volver. Horas de angustia para mis familiares que ignoraban la suerte que había corrido, pues las enfermeras ocultaron las deficiencias de los procedimientos cuando al presentarse la emergencia no se tuvo el plasma suficiente, pues no se previó que se llegara a necesitar. El banco de sangre no disponía de mi tipo sanguíneo y tuvieron que ponerme O positivo, que es universal, pero como estaba refrigerada no fue posible la transfusión inmediata. Perdí cerca de dos litros, casi la mitad de lo que el organismo requiere para vivir. Y mientras aguardaba a que el líquido orgánico se templara, la anemia se posesionó de mis fuerzas, como el agua que inunda un barco que naufraga.

A veces el dolor ayuda. Es la silenciosa alarma que te advierte de la bestia liberada que amenaza con devorarte. Es el rayo que hiere la calma anunciando la tormenta. Es entonces cuando te sacude y te impulsa a la vida, y el que me salvó sobrevino al llenarse de sangre la cavidad abdominal, porque si no hubiese sentido esa estocada

en el vientre, no hubiera despertado y habría muerto de-sangrada. Pero también hay dolores inútiles, destructivos, que se convierten en el enemigo a vencer, como los que padece el enfermo de cáncer, o el amputado al que le duele el miembro fantasma, sustituyendo con crueldad esa parte de su cuerpo, o el paralítico al que le punzan las piernas que ya no siente. Dolores terribles que en nada ayudan y que, como tatuaje en la memoria, te recuerdan la realidad que estás viviendo.

Los seres humanos aprendemos a fuerza de equivocaciones. Los errores nos dan experiencia, sabiduría, nos hacen precavidos, cuidadosos. Pero el médico que me tasajeó no lo aceptó. Se escudó en argumentos técnicos tratando de confundirme: primero dijo que me había subido la presión a causa de la anestesia y que reven-tó un vaso; después, que en la limpieza me habían desprendido un punto. Pasaba de una a otra excusa sin atinar en cuál apoyarse. Después supe lo que en realidad sucedió. Las prisas por atender a sus pacientes en un día especialmente saturado de trabajo, le hicieron cometer el error: la ligadura de una arteria no estuvo bien sujeta. Con el movimiento postoperatorio se soltó, provocando la hemorragia. Y no lo advirtió. Se fue inmediatamente para continuar con su rutina, con sus pacientes, con su mediocre proceder, sin considerar que lo que manipulaba con sus manos era algo más que un cuerpo enfermo que requería ser mutilado, sin tomar en cuenta que era un ser humano con anhelos, con deseos de vivir y de amar.

Pero en esta ocasión se trataba de mi propio cuerpo, de mi dolor, de mi vida, de mis sueños pisoteados por un error humano. ¿Cuántas mujeres habrán muerto por errores como éste? Y los culpables, ¿habrán podido convencer a los familiares con sus tecnicismos y palabrería complicada? Si esto me sucedió a mí en un hospital privado, ¿qué sucederá en los de seguridad social, donde los médicos y enfermeras se convierten en carniceros y los pacientes en trozos de carne echada a perder? Lugares en los que la insensibilidad ante el padecimiento ajeno se convierte en tediosa rutina y el sufrimiento

forma parte de un burocrático procedimiento a realizar. Y los derechohabientes permanecen interminables horas en salas de espera repletas de resignado silencio, recintos que apestan a enfermedad y muerte, aguardando el turno para que contabilicen sus miserias y programen a largo plazo la solución a sus males, quizá la única esperanza que les queda para seguir viviendo, porque carecen de quirófanos suficientes o del especialista poseedor del talento que les salvará la vida. Su único pecado es no poseer los recursos necesarios para comprar la salud... Sí, fue en un hospital de seguridad social donde dejaron morir a mi padre al negarle la atención que requería. Y yo, con la suerte de poder costear un espacio, una fecha y unos dedos "especializados" que prometían devolverme la salud, recibí la bofetada de la indolencia.

Ahora recupero las fuerzas, aclaro la memoria y advierto lo absurda que es la vida, pues aquello que tanto temí que sucediera antes de que se realizara la cirugía, sobrevino como si lo hubiese invocado. Experimentar la sensación de casi perder la vida me hizo valorar lo que tengo, apreciar lo que recibo, disfrutar lo que doy y agradecer las oportunidades que la existencia me brinda. Y observo mi vientre, con una amplia cicatriz justo arriba de mi pubis, como una sonrisa tatuada en mí, para que nunca olvide lo maravilloso que es tener un cuerpo.